



HISTORIA DE LAS IDEAS Y FILOSOFÍA DE LA EDUCACIÓN

Fermentario N. 9, Vol. 1 (2015)

ISSN 1688 6151

Instituto de Educación, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación,
Universidad de la República. www.fhuce.edu.uy

Faculdade de Educação, UNICAMP. www.fe.unicamp.br

Centre d'Études sur l'Actuel et le Quotidien, Sorbonne. www.ceaq-sorbonne.org

LOS ESTOICOS Y SUS SEMEJANTES

Arthur Bodson

Traducción y selección del francés, Enrique Puchet

En los estoicos, encontramos una admirable moral que se funda en las relaciones interhumanas. El amor fraterno es el principio que la anima. Aquí veremos que en sus relaciones con los otros el estoico se propone ser *universal* y *activo*. Desarrollados estos dos aspectos, se obtendrá el concepto de la moral en tanto que punto de vista *social*.

Una fraternidad sin límites

__El mundo antiguo, más aún que el moderno, alzaba entre los hombres barreras difícilmente franqueables. Así, en el interior de la comunidad política, el hombre libre se oponía irreductiblemente al esclavo, y, en el exterior, el ciudadano al extranjero. Además, el individuo-filósofo encontraba en sí mismo resistencia a cualquier especie de caridad: ansioso de perfección, debía interesarse poco por la masa sin idealismo (los *phauloi*) que ni siquiera contaban en el número de los aspirantes a la sabiduría, los *progredientes*.

Los últimos pensadores estoicos (Séneca, Epicteto, Marco Aurelio) supieron, a la vez, liberarse de los prejuicios sociales de su tiempo y combatir su propia inclinación al aislamiento.

a) Los esclavos

Los más desheredados tienen su lugar en la comunidad estoica. Cicerón pensaba que la justicia debe practicarse “adversus infimos”; que los esclavos deben ser considerados como mercenarios con derecho a una justa retribución. Séneca va mucho más lejos. Estimaba que todo hombre merece consideración por el solo hecho de ser hombre (**De la clemencia, intr.**); que todos son iguales; que el alma del individuo importa más que su clase social (**De la vida feliz, II**). Condena el maltrato que algunos amos infligen a sus servidores, y recomienda ser benéfico con los hombres sin distinción de clases, considerar al esclavo como un amigo y tratarlo como tal, porque, escribe

Todos tenemos el mismo comienzo, el mismo origen...El padre común a todos es el mundo; por grados brillantes u oscu-

--

ros, de él nos originamos todos. ¡Ten en cuenta que aquel a quien llamas esclavo nació de la misma semilla que tú!

Con los mismos argumentos que Séneca, condena enérgicamente Epicteto el maltrato hacia los infortunados caídos en servidumbre.

De este modo, la visión cósmica de la sociedad hace que *el esclavo sea considerado como un hombre igual al individuo libre*, y recomendar el mejoramiento de sus condiciones de vida.

Con más razón, los estoicos desdeñaban las diferencias de fortuna, llegando a reconocer (sobre todo en Séneca) ciertos méritos y prestigio en la pobreza. Pero este es un aspecto secundario de una voluntad de *universalismo* que se manifiesta especialmente en las relaciones entre el libre y el esclavo.

b) Los extranjeros

Tampoco el espíritu nacionalista les resulta simpático a los filósofos estoicos. Ciudadano del universo, el estoico se considera comúnmente ciudadano del mundo (en el sentido actual de la expresión). Así, Séneca, en nombre de la fraternidad humana, toma partido por gentes que le son absolutamente extrañas. Escribe.

*Si, habiéndome beneficiado, un individuo se alza en armas contra mi patria, ahí mismo acaba mi gratitud... Si, aun no atacando a los míos, oprime a su propia patria; si, lejos de mi país, se hace perseguidor del suyo, se quiebra todo vínculo entre él y yo ante semejante grado de depravación moral Lo detesto, aunque no sea mi enemigo personal. Razonablemente, doy la preferencia a **mi deber hacia el género humano y no a mi deber hacia un individuo determinado** (Séneca, **De beneficiis**).*

La comunidad universal, no sólo hacía de todos los hombres los hermanos del sabio, sino que también hacía de la tierra entera su patria. Esta idea, tan frecuente, era evocada por lo regular para soportar uno de los castigos más comunes y más rigurosos en la antigüedad. El exilio. Es un tema recurrente en Séneca, él mismo catigado con el exilio.

*No hay bajo la bóveda de los cielos un rincón en el que el hombre no esté en su casa (**Consolación a Helvia**).*

c) Los malos

__Desdeñando las barreras sociales o nacionales, la fraternidad estoica aun por encima del valor moral de los individuos.

Los primeros estoicos dividían la humanidad en dos grupos: los sabios (excepcionales) y los locos. No había estado intermedio ni esperanza de progreso. Los filósofos de la época imperial, a los que aquí nos referimos, admiten la existencia intermedia de la masa de los *progreidentes*, los aspirantes a la sabiduría. Perfecto, no lo es nadie, las recaídas son frecuentes; pero muchos hombres siguen luchando por acercarse al ideal. La nueva actitud, mucho más flexible, incita a un comportamiento más fraterno hacia los otros.

La actitud que se adopta hacia el que daña se apoya en tres consideraciones.

- 1) Tales individuos son incapaces de hacer efectivamente daño. Por un lado, los malos son incapaces de lesionarnos personalmente porque no pueden golpear nuestra facultad superior, que constituye nuestro verdadero ser (Marco Aurelio, **Pensamientos, VII**, ver también Epicteto, **Conversaciones**). Los malos se hacen daño a sí mismos. Por otra parte, no están en condiciones de perjudicar a la sociedad cósmica. Incapaz de herir a la comunidad humana, el malo no alcanza al ciudadano (Marco Aurelio, **Pensamientos, VIII**).
- 2) Los malos son irresponsables. Aquí se vuelve a encontrar la teoría socrática según la cual *nadie hace el mal voluntariamente*. En múltiples lugares de los escritos de los tres maestros del estoicismo de la época imperial, se encuentra la tesis de que el pecador es un enfermo sufriente, un ser víctima del error que equivoca su objetivo y se pierde; un ignorante: no es libre, sino víctima de una coacción.
- 3) Esos hombres son y siguen siendo nuestros hermanos:

Es graciosa la suerte reservada al Cínico. Vapuleado como un asno y, aun así, debe amar a los que lo maltratan, como si fuera el padre o el hermano de todos (Epicteto, **Conversaciones, III**).

Repitémoslo: la idea de una *familia universal* determina una actitud fraterna hacia los otros.

Tal como se lee en Séneca y en Marco Aurelio, el primer deber es *no vengarse*. Hay que devolver bien por mal, ser benévolo con el ingrato, estar dispuesto a perdonar, comprensivo e indulgente con el enemigo, filántropo con el misántropo, justo con el injusto, Todo esto es imitar a Dios, quien beneficia por igual a malos y a buenos.

Hay que soportar a los malos, mostrando así sumisión a lo que impone la ley divina.

Finalmente: tomando conciencia de sus propios defectos y evitando todo juicio temerario, se tratará de ayudar a los desdichados a través de la acción y el ejemplo. Epicteto considera que el filósofo, asociado a la potencia de Zeus, tiene como misión, ante los demás hombres, la de ser un mensajero de la verdad (*ángeles*), un iluminador encargado de mostrar el camino, un heraldo, un general que dirige a los otros, un médico. Por su ejemplo, será en la humanidad como la púrpura del vestido.

La actitud de los estoicos ante los esclavos, los extranjeros y los malos deja ver claramente su voluntad de liberarse de las barreras opuestas a una práctica de una humanidad universal. Abierto a todos, se debe aún ser útil a todos.

Una fraternidad activa

Los deberes sociales no se agotan en sentimientos nobles hacia los otros. La moral social apunta a la acción. Séneca protesta contra los dialécticos ociosos, aislados del mundo, que se complacen en organizar sutiles razonamientos que son inútiles para los que arrastran dificultades de todo orden (**Epístolas, XLIX**). Y Epicteto:

Las obras de los estoicos rebosan de hermosos discursos. ¿Qué les falta? Les falta que alguien los ponga en práctica: el hombre que, en la realidad, testimonie a favor del discurso (I, 29).

Para Marco Aurelio (**IX, 16**), el alma razonable y social incorpora su ideal en la acción. En ella hay que emplazar la dicha (**VI, 51**); importa que, de una acción social, se pase a una acción social pensando en Dios (**VI, 7**).

Esta acción social se pondrá en práctica, ante todo, en grupos bien definidos. El individuo debe mantener *todos* los vínculos sociales, naturales o adquiridos: hijo, padre, ciudadano, esposo, vecino... Los dos campos más importantes son la familia y el Estado (Séneca, **Consolación a Helvia**; Epicteto, **I, 11** y **III, 21-22**). Pero, además del respeto de estos deberes tradicionales, la doctrina estoica recomienda un altruismo activo en todas las relaciones sociales. Las principales manifestaciones son la justicia y la benevolencia.

La justicia consiste, en primer término, decía Cicerón (**De officiis, III, 21 y 29**), en no dañar a nadie; el hombre no es el lobo del hombre (Epicteto, **I, 3: Cuida de no rebajarte a la condición de seres inmundos**)—serlo, es deshonra para el alma (M. Aurelio, **II**). Siempre según Cicerón, la justicia consiste, además, en usar en común los bienes que son comunes y usar para sí sólo los privados. Pero sucede que, desde el punto de vista de la naturaleza, los bienes particulares no existen. Se los posee por convención, en virtud de una larga ocupación, una ley, un tratado, una victoria. Cicerón no aconseja una redistribución de los bienes. Recomienda que todo hombre, imitando a la naturaleza, creado *para* sus semejantes, ponga en común sus posesiones, dar, recibir, hacer que los demás dispongan, no sólo de sus bienes materiales, sino también de sus capacidades, sus talentos, su trabajo. El único límite es el perjuicio personal. Séneca retomó esta doctrina. Todo es común a todos (“*haré de cuenta que todas las tierras son mías y que las mías son de todos*”). Hay que desprenderse de sus riquezas y no tener otras que las que sirven para aumentar la generosidad (**De la vida feliz, XXII y XXIV**).

El segundo pilar de toda sociedad, la beneficencia, es una aplicación de la justicia. Séneca le dedicó un importante tratado, el **De beneficiis**, en el que plantea todo un proyecto de reforma social y económica de la comunidad humana.

La beneficencia, o, más bien, *el intercambio de servicios*, es el vínculo social más poderoso. En ella pueden y deben participar todos, en la medida de sus posibilidades; Séneca se empeña en demostrar que nadie está excluido.

Considera como ideal una sociedad que practica una economía de tipo familiar, a la escala de la humanidad.

- a) En primer lugar cree en la posibilidad de una reciprocidad de gran alcance.

El beneficio se constituye en cadena y, al pasar de mano en mano, no deja de retornar a su promotor; y el efecto total se destruye si se produce alguna interrupción.

- b) En esta sociedad ideal, queda suprimida toda búsqueda de provecho personal. Séneca insiste sobre esta idea fundamental.
- c) La reciprocidad reposa en condiciones psicológicas y morales de los participantes, no en la cualidad objetiva de los servicios u objetos intercambiados:

Tener utilidad es propio del animal, la piedra, la hierba; y no por eso son nuestros beneficiarios: para esto se requiere que haya intención.

El beneficio no es algo que se pueda tocar: todo transcurre en el alma. Hay una gran diferencia entre la materia de un beneficio y el beneficio mismo. No son el oro, ni la plata, ni los obsequios magníficos los que constituyen el beneficio: todo radica en la intención del autor.

De ahí la respuesta afirmativa que Séneca da a la pregunta: “El que lo hace todo por devolver el bien que se le ha hecho, ¿lo devuelve efectivamente?”

Ante la defensa de estos principios, surge un problema:: los filósofos, que recomiendan una actividad incesante, son en general los primeros en no mezclarse en las actividades políticas y cívicas. Séneca pregona el *otium*, aunque con matices. Así y todo, critica el retiro prematuro, la actitud de aquellos que usan como pretexto la menor dificultad para refugiarse en la facilidad y le llaman **otium** a su pereza. El estoico, si se ve contrariado, debe retirarse paso a paso, tratando de seguir siendo útil en una actividad secundaria y mediocre. Capitulará cuando le sea definitivamente imposible ser de utilidad a sus semejantes cumpliendo la función de ciudadano.
